

CUADERNO DE ESTUDIO Y REFLEXIÓN

TU BISHVAT

8 temas de estudio y debate para la mesa

Ocho preguntas extraídas de la clase del Rav Raphaël Benizri sobre Tu BiShvat: por qué una fecha de contabilidad agrícola se convirtió en fiesta, qué dice del hombre el árbol, el único ser de la creación que no obedeció exactamente, y por qué nuestros Sabios llamaron a este día el comienzo de año del ilán y no de los árboles.



Rav Raphaël Benizri

Índice de temas

Temas de reflexión y preguntas para compartir en la mesa de Tu BiShvat

-
- 01** **Un aniversario sin fiesta**
 -
 - 02** **El único que no obedeció**
 -
 - 03** **Hay que vivir para comer**
 -
 - 04** **Lo que hay que tirar para comer**
 -
 - 05** **Rosh Hashaná del ilán, y no de los árboles**
 -
 - 06** **¿Por qué prohibirle el árbol de la vida?**
 -
 - 07** **Tres años sin tomar nada**
 -
 - 08** **Planta primero, luego irás a recibirlo**
 -

Un aniversario sin fiesta



PRESENTACIÓN

La Mishná solo conoce una cosa del primero de Shevat: es uno de los cuatro comienzos de año, el del árbol. Ni alegría, ni frutos, ni copas de vino. Todo eso llegó mucho más tarde.

LA PREGUNTA

¿Cómo llegó una fecha de contabilidad agrícola a ser una fiesta, y qué había en el árbol que mereciera que se le deseara feliz año?

LA RESPUESTA

La Mishná: cuatro comienzos de año — el primero de Nisán, el primero de Elul, el primero de Tishrei y el primero de Shevat, Rosh Hashaná la-ilán.

El primero de Nisán cuenta el reinado de los reyes; el primero de Elul, el diezmo de los animales; el primero de Tishrei, el aniversario de la creación del mundo, el cómputo de los años, las leyes de la shemitá, del jubileo y de las plantaciones. Y el primero de Shevat es el comienzo de año del árbol, porque es el momento en que la savia, dormida durante el invierno, empieza a subir hacia las ramas y aparecen los primeros brotes: el regreso a la vida de una naturaleza dormida.

Si nos atuviéramos a la fuente de la Mishná, este día no tendría nada de alegre. Los frutos que se comen, el vino, las cuatro copas, todo eso llegó mucho más tarde, a medida que avanzaba la historia, y cada época dio a este día una dimensión nueva. Por lo demás, en ninguna parte se menciona un aniversario de la plantación de los árboles.

Lo que hizo de esta fecha una fiesta es que se vio en el árbol un simbolismo que atraviesa todo el tejido bíblico: el hombre es a imagen del árbol. Tiene una vertical, está enraizado en la tierra. Y cuánto apreciamos ese enraizamiento, esas raíces terrenales recuperadas, esas ramificaciones en los cuatro rincones de la tierra, y esa voluntad de devolver todas esas ramificaciones a un solo tronco.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Una fecha solo se convierte en fiesta el día en que un pueblo reconoce en ella su propio retrato.

LECCIÓN PARA LA MESA

El árbol celebra el instante en que sube la savia, mucho antes de que aparezca un fruto. ¿Qué es lo que, entre nosotros, sube en silencio sin mostrar nada todavía: en un hijo, en un proyecto, en una relación? ¿Y sabemos celebrarlo antes de ver sus frutos?

El único que no obedeció



PRESENTACIÓN

Al tercer día, se pide a la tierra que produzca un árbol-fruto, es decir, enteramente comestible. Esta da un árbol que hace fruto: un árbol que da frutos, pero con algo de desecho.

LA PREGUNTA

El único ser de la creación que no obedeció exactamente es un árbol. ¿Qué anuncia eso del hombre, creado tres días después?

LA RESPUESTA

El relato de la creación: se pide un «etz pri» y se produce un «etz osé pri».

En el paralelismo de la creación, el árbol del tercer día corresponde al hombre del sexto. El primer día es el de la luz, de la que recibimos las luminarias el cuarto; el segundo es la separación de las aguas, de donde saldrá la fauna el quinto; y el sexto día es el hombre.

Ahora bien, el hombre lleva en sí todo el árbol. Está hecho de los mismos componentes: la tierra y lo mineral, lo vegetal, el fuego que es la energía y, por último, el medaber, lo humano. Y alrededor del árbol encontramos los mismos: lo mineral está bien hundido bajo tierra, el animal ronda su tronco, las aves lo sobrevuelan, el roce de su madera da fuego. ¿Qué le falta? El aire, que necesita.

La confrontación del hombre está, por cierto, en el origen del primer pecado, y es un árbol la ocasión: el libre albedrío del que brotó el árbol se encuentra en el hombre. Si solo estuviéramos aquí para no pecar, habríamos sido ángeles, privados de nuestra libertad de acción: esa libertad que, al abrirnos al error, nos permite restaurar nuestra persona y darle mucha más fuerza, mucho más ardor, mucha más vida.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Si D-os hubiera creado un mundo perfecto en el que el hombre ya no tuviera nada que aportar, ese mundo habría sido su cementerio.

LECCIÓN PARA LA MESA

Queremos para los nuestros una vida sin faltas y sin desvíos. Pero quien lo ha heredado todo sin haber forjado nada se deja arrastrar por la corriente. ¿Qué hemos querido ahorrarle a alguien, cuando quizá habría sido mejor dejar que lo atravesara?

Hay que vivir para comer



PRESENTACIÓN

El dicho quiere que se coma para vivir y no al revés. En Tu BiShvat se comen frutos en abundancia, se recitan bendiciones, se bebe vino. El Rav invierte la fórmula: hay que vivir para comer.

LA PREGUNTA

¿En qué puede ser comer algo más que una necesidad, y por qué la única bendición de origen torático es la que se dice después de la comida?

LA RESPUESTA

«Veajaltá vesabata uberajtá»: comerás, te saciarás y bendecirás. Y: «Tzadik ojel lesova nafshó», el justo come hasta saciar su ser.

El alimento es lo que nos permite integrar los elementos que constituyen la creación y elevarlos al rango de lo humano, por la muestra que tomamos de ellos. Por eso comer es una mitzvá, y por eso la única bendición que tiene su origen en la Torá es la de la comida: comerás, te saciarás y bendecirás. Es la saciedad la que justifica la bendición: el justo come para saciar su ser, integrando en sí todos los componentes de la creación.

Y ese bien está ligado a una tierra: una buena tierra, que mana leche y miel, una tierra que integra en sí ese fruto. El único mandamiento dado al primer hombre trataba, por cierto, de la comida: de todo árbol del jardín comerás y volverás a comer. Solo había allí dos mitzvot relativas al acto de comer, una positiva y otra negativa, y nuestros Sabios dicen que entre las dos contenían las seiscientas trece.

El disfrute de este mundo es, pues, la manera misma de consagrar la obra de D-os: se asocian a él los elementos de la creación y se les da una dimensión moral y espiritual.

CONCLUSIÓN DEL RAV

No se consagra el mundo retirándose de él, sino integrándolo.

LECCIÓN PARA LA MESA

Comemos deprisa, sin pensar, mirando otra cosa. ¿Qué consumimos sin recibir nada de ello: comida, tiempo, imágenes? ¿Y qué haría falta para que una comida en esta mesa vuelva a ser un acto y no una interrupción?

Lo que hay que tirar para comer



PRESENTACIÓN

Los cabalistas fijaron la costumbre de comer cuarenta frutos, diez por cada nivel de la creación. Y los clasificaron: los que se comen con la piel, los que esconden un hueso, aquellos cuya cáscara hay que romper para llegar al interior.

LA PREGUNTA

¿Por qué clasificar los frutos según lo que conservan y lo que desechan, y a cuál de esos estados debería tender un hombre?

LA RESPUESTA

La costumbre de los cuarenta frutos, diez por cada nivel, desde Atzilut, la nobleza, hasta Asiá, la realidad.

Están los que comemos con su piel, como la uva o el higo; aquellos cuyo hueso desechamos; aquellos de los que comemos hasta las pepitas; y aquellos a los que hay que quitar la cáscara exterior, desechar la kelipá para comer solo el interior. Diez de cada uno, como los cuatro mundos: Atzilut, la emanación; Beríá, el pensamiento proyectado hacia fuera; Yetzirá, la forma que se le da cuando buscamos las palabras; y Asiá, la realidad acabada.

Como tendemos a vivir desde el interior y no desde el exterior, la Torá nos pide integrar el mundo de fuera y deshacernos de todo lo que estorba. Y lo ideal es alcanzar ese estado en que no hay ni hueso ni cáscara. Porque así está hecho el hombre, en sus distintas etapas.

Pero hay que aceptar la pérdida. Para que el árbol crezca muy alto, hay que podar abajo toda rama que viene poco a poco, de forma salvaje, a impedirle tomar impulso. Y en esa poda hay una pérdida de energía.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Entre el proyecto inicial y lo que por fin se tiene entre las manos, habrá hecho falta podar muchas cosas.

LECCIÓN PARA LA MESA

Cada uno tiene su cáscara y cada uno tiene su hueso duro. ¿Qué protegemos tras una corteza que nadie puede franquear? ¿Y qué hemos tenido que podar este año para crecer: lo hicimos, o preferimos guardarlo todo?

Rosh Hashaná del ilán, y no de los árboles



PRESENTACIÓN

La Mishná no dice Rosh Hashaná la-etzim, el comienzo de año de los árboles. Dice Rosh Hashaná la-ilán, en singular y con otra palabra. Dos nombres para una misma cosa, y dos enseñanzas distintas.

LA PREGUNTA

¿Por qué nuestros Sabios eligieron ilán y no etz para nombrar este día?

LA RESPUESTA

La Mishná: Rosh Hashaná la-ilán. Y la relación numérica de ilán con la suma del Tetragrámaton, veintiséis, y del nombre Adonai, sesenta y cinco: noventa y uno.

De etz viene etzá, el consejo: el árbol te pide un mínimo de reflexión, te invita a revisar tus propias medidas, a aplicar a tu propia evolución los principios del árbol que alimenta: cavar, escardar, abonar alrededor del tronco para impedir que los insectos devoren las raíces. Por eso también se compara al justo con dos árboles a la vez: crece como la palmera, y como el cedro que, aunque no da frutos, se impone por las raíces que hunde profundamente bajo tierra.

Ilán dice otra cosa. La evolución vertical del árbol es la relación entre el cielo y la tierra; por usar otra terminología, entre lo trascendente y lo inmanente. Y nuestros Sabios relacionan ilán con la suma del Tetragrámaton y del nombre Adonai: la manifestación de D-os en el mundo, por un lado, y el Ser en su noción totalmente abstracta, por otro.

Al decir Rosh Hashaná la-ilán, piden, pues, al hombre que comprenda que el árbol que tiene delante representa lo que él mismo posee: en cada uno de nosotros hay una parte de trascendencia y una parte de inmanencia.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Lo trascendente es la posibilidad de elevarse y de no quedar condicionado por las mezquindades de la vida.

LECCIÓN PARA LA MESA

Hoy no somos lo que éramos ayer, y mañana no seremos lo que somos. ¿Qué ha quedado inmóvil en mí desde hace años, mientras todo lo demás se ha movido? ¿Y desde qué altura necesitaría mirar para verlo por fin?

¿Por qué prohibirle el árbol de la vida?



PRESENTACIÓN

Después del pecado, el hombre es expulsado del jardín. Y se le prohíbe comer del árbol de la vida. A menudo se explica esta prohibición por el temor de que viva para siempre. El Rav responde de otra manera.

LA PREGUNTA

¿Por qué prohibir al hombre el árbol que le daría la vida, justo en el momento en que acaba de pecar?

LA RESPUESTA

El relato del jardín: «Mikol etz hagán ajol tojel», de todo árbol del jardín comerás y volverás a comer; y la prohibición del árbol de la vida tras el pecado.

No, no es para impedirle vivir para siempre. No debía comer de la vida con las vestiduras manchadas, con el alma manchada, sin la posibilidad de enmendarse, de restaurarse, de recuperar su naturaleza original y de hacer su retorno a la fuente. Y se le dice: ahora que has preferido el árbol del conocimiento al de la vida, primero tendrás que servirte del conocimiento para recuperar el árbol de la vida.

Había que empezar por apreciar la vida y darle su dimensión moral, y perfeccionarla después mediante el conocimiento. Lo que no debía hacerse era dar prioridad al conocimiento y volver ese conocimiento algo utilitario.

Por cierto, el árbol del conocimiento estaba incluido en «de todo árbol del jardín comerás»: no se distinguía de los demás, solo estaba marcado por una prohibición. Nuestros Sabios dicen que la mujer quiso hacer esa prohibición más practicable añadiendo que ni siquiera había que tocarlo, y ahí estuvo el cauce del pecado: considerar que la orden divina era imperfecta y que había que añadirle algo. El hombre aún no tenía confianza en sí mismo.

CONCLUSIÓN DEL RAV

No hay pecado original: no hay ningún pecado que pese sobre nuestros hombros y del que no podamos librarnos.

LECCIÓN PARA LA MESA

Añadimos prohibiciones a nuestras prohibiciones, por prudencia, sobre todo con nuestros hijos. ¿Qué cerca hemos levantado «por si acaso»? ¿Y no es contra ella, más que contra la norma misma, contra lo que acaba chocando la casa?

Tres años sin tomar nada



PRESENTACIÓN

Un árbol plantado no se come enseguida: tres años enteros sin tocarlo, el cuarto en estado de pureza, en Jerusalén, y solo el quinto se empieza a disfrutar de sus frutos.

LA PREGUNTA

¿Por qué imponer cuatro años de espera a un árbol, y qué dice ese calendario sobre la manera de educar a un hijo?

LA RESPUESTA

Las leyes de los primeros frutos del árbol: tres años en que están prohibidos, el cuarto consagrado, el quinto en que se disfruta de ellos.

Cada fruto tiene su estación; lo mismo ocurre con la naturaleza humana y con toda educación de uno mismo, que se hace durante cierto tiempo. Quien se entrega a la Torá, dice el salmo, es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da su fruto a su tiempo, porque los frutos no crecen todos a la vez.

El árbol espera, pues, tres años. El cuarto año, sus frutos deben comerse en estado de pureza, en Jerusalén, o bien su contravalor: en un baño espiritual, en una atmósfera de renovación del ser. Y solo el quinto año se empieza a disfrutar de ese árbol. Lo mismo ocurre con la educación del niño, que se empieza a partir de los cinco años, sin contar esos primeros años en que es más receptor que donante.

Porque el objetivo no es recibir. A veces estamos en ese estado de demanda, pero el objetivo es dar su fruto, compartirlo. Y el árbol da sus frutos generosamente, sin distinción entre los hombres, lo cual debería tener consecuencias en la conducta del hombre hacia sus semejantes.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Entregarse a la Torá no es renunciar a lo que constituye este mundo: es hacer que ella abrace la realidad de este mundo.

LECCIÓN PARA LA MESA

Esperamos que nuestros hijos devuelvan antes de haber terminado de recibir. ¿A quién, en esta casa, le exigimos frutos demasiado pronto? ¿Y quién, entre nosotros, sigue recibiendo cuando lo creíamos listo para dar?

Planta primero, luego irás a recibirlo



PRESENTACIÓN

Un árbol trasladado deja de dar sus frutos; hay que replantarlo en otro lugar, y ciertas tierras convienen a ciertos árboles y no a otros. Por eso el exilio se vive como un atisbo de muerte.

LA PREGUNTA

Si te anuncian la llegada del Mashíaj en el momento en que tienes un plantón en la mano, ¿qué haces con el árbol?

LA RESPUESTA

La enseñanza de los Sabios: si tienes un plantón en la mano y te anuncian la llegada del Mashíaj, planta primero tu árbol y luego ve a recibirlo. **Y Jeremías:** montes de Israel, dad vuestras ramas y vuestros frutos, porque mi pueblo se prepara para volver.

Una característica del árbol es estar enraizado en su tierra: si se lo traslada o se lo arranca de su medio, ya no podrá dar sus frutos. Lo mismo ocurre con los pueblos, y por eso consideramos el exilio como un atisbo de muerte. Pero ese atisbo nunca es definitivo: hay posibilidad de recobrar la vida, de recuperar el aliento, igual que el árbol pierde su follaje y se renueva de forma cíclica. El pueblo está llamado a hacerlo también.

El profeta lo dice a los montes de Israel: daréis vuestras ramas y vuestros frutos, porque mi pueblo se prepara para volver a vosotros. El nuevo brote es una manera de insuflar una vida nueva a un pueblo que ha pasado por largas pruebas, y también al hombre, que en el itinerario de su vida se impone etapas de evolución semejantes a las del árbol.

Y nuestros Sabios llevaron esta dimensión hasta decir: si tienes un plantón en la mano y te anuncian la llegada del Mashíaj, no lo abandones, no lo sueltes. Planta primero tu árbol y ve después a recibir al Mashíaj, porque la plantación de ese árbol contribuye a la llegada mesiánica.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Los frutos del hombre marcan plazos que no están limitados en el tiempo: la descendencia es una salida ininterrumpida de uno mismo, a través de los hijos y los nietos.

LECCIÓN PARA LA MESA

Abandonamos fácilmente el pequeño trabajo en curso por la gran noticia que llega. ¿Qué hemos soltado este año porque algo más importante parecía venir? ¿Y qué habría que terminar de plantar antes de ir a recibir lo que sea?